

En la relación de hombres representativos del lugar, debe ocupar Juanillo el puesto preferente a que sus condiciones le ha-

cen acreedor. Entre todos dieron carácter a nuestro pueblo y sin este de hoy, la rosa de los vientos de nuestra vida, estaría falta de una de sus más persistentes orientaciones.

Todos nuestros hombres tienen un fondo novelesco, de quiijotismo, que ¡ojalá! pudiera remontar alguna vez en aras de la ficción, pero hasta ahora se mantienen en mi mente y en mi corazón tal como eran, de carne y hueso y según me entraron por los ojos o tal vez mejor, porque los veo a distancia y, desde mi rutina de los Rayos X que descubren entresijos de las almas imperceptibles a simple vista, egoísmos, ambiciones y hermosas muestras de amor desinteresado y sacrificio.

A Juanillo le salieron los dientes en la Plaza y a eso y a ella le debe el nombre y la personalidad que allí se formó con las prácticas de los trajinantes, porque sus padres, Pedro Sánchez y Eugenia Lizcano, cuando nació, el 13 de Diciembre de 1875, le pusieron Juan, -Juan Sánchez- cosa que no podía ser ni más llana ni más castizamente alcaceña, pero la gente que lo hallaba entre los banastos todos los días dispuesto a echar una mano y no a ver lo que se pescaba como suelen estar los vagabundos, empezó a llamarle familiarmente Juanillo y con ese diminutivo tan paternal se

## Juanillo Junquillo

(Juan Sánchez Lizcano)

quedó y por apellido el mote de sus antecesores.

Era hermano de la Juliana la Junquilla y de Jesús y Joaquín Sánchez.

Por su constitución, Jesús y Joaquín parecían de una rama y la Juliana y Juanillo de otra, estos más metidos en carnes y corpulentos y aunque todos con la dentadura apiñada y un poco fruncida la boca, los que menos los dos últimos. Los otros tres hermanos, la Petrilla de Piñón; la Anastasia de Millán el Alguacil y la Antonia, la mujer del barbero aquel tan negro que fue camarero estaban en un término medio, Juan fue el guarín, el último de los hermanos. Juanillo era hombre de buena planta, menos cerrado de barba que sus hermanos y de mucho mejor color. Quitaba gallardía a su figura la elasticidad de sus rodillas que al afianzarse en ellas se le iban para atrás y le hacían más prominentes las pantorri-llas. Recordando a Estanislao, que era patizambo, rodillas arqueadas hacia fuera, de ángulo abierto hacia dentro, genu-valgun, y a Federico el de la Escusaera, que era patituerto, rodillas hacia adentro, formando ángulo hacia afuera, genu-varun, se comprenderá mejor el defecto de Juanillo, que con su prestancia y dinamismo apenas se percibía, casi menos que en Olivares, el médico, que también las tenía así, con cierta angulación abierta hacia adelante, genu-recurvatun.

En todas sus aptitudes denotaba su confianza, la satisfacción propia, la seguridad en si mismo y su *sanc-fason*, todo le salía por una friolera, como era corriente en Alcázar, pero el proceder franco y generoso ennoblecía los actos de todos.

Juanillo difería de los demás por su majeza y tal vez por sus desplantes. No es que los demás no los tuvieran, pero más atemperados. Su cualidad se hallaba entre la de los puramente noctámbulos del Paseo y los paladines de la sorna alcazareña. Nunca fue cobarde ni tardo